

Rara avis

Mientras que el cuerpo aguante

'Una víctima de la sociedad', obra de George Grosz. :: EFE

Tal vez la concepción del mundo comience ya cuando los padres nos enjaretan el nombre de pila. Así que no es de extrañar que si nos cae en suerte Margarito (madre de Dios!) y lo asumimos, estemos obligados, en defensa propia, a optar por una visión de la existencia aproximadamente humorística, cuando no tenazmente iconoclasta. El mexicano Margarito Cuéllar lo lleva con dignidad kafkiana, alegría e incluso desparrajo. En 'Las edades felices' (Hiperión), su estreno en España de la mano de Luis Alberto de Cuenca -que lo considera «uno de los poetas más intensos, agueridos y originales de la última poesía escrita en castellano» y con cuya poética comparte primores coloquiales y atrevidas erudiciones como quien no quiere la cosa, más la capacidad de reunir, arrojando los dados, a Bach con Winnie the Pooh o la Nintendo Wii con T.S. Eliot, se toma la vida, con se pasa rapidito, con media sonrisa puesta, y su país y el mundo tal como son, con cierta socarronería. Es tanta la urgencia en la piel de las muchachas que la felicidad inmensa de que disponemos desde la placenta podríamos «invertirla a plazos o venderla en frascos». Al fin y al cabo, las hormigas acabarán devorando las ciudades, el silencio es «el mejor amigo del hombre» y todos, «Señor, somos parte de tu comando de bufones».

Hay familiares de los que, aun sin llamarse Margarito, hemos oído hablar desde siempre y a los que no ponemos cara porque ni siquiera dejaron una foto de ocasión y cuyas huellas se pierden en un lugar desolado del Sahara al que sólo se puede llegar en compañía de un albañil bere-

ber, un fortín en ruinas entre el desierto y el mar donde el piloto aventurero Saint-Exupéry era a la sazón jefe de la base francesa. O que huyeron para ser artistas, asqueados de sus paisanos insulares, y consiguieron malamente sobrevivir de la canción, el baile y el transformismo, incluso en la compañía de La Argentinita, la célebre amante de Ignacio Sánchez Mejías, con quien colaborase García Lorca. O que partieron al exilio, idealistas insobornables del ejército republicano, ateístas, practicantes del yoga, vegetarianos e iniciados en la teosofía, consumados ornito-

logos. O que reaparecen inesperadamente, en busca simplemente de afecto, en extremo maniáticos y hasta cierto punto extravagantes, adictos al tablero de ajedrez.

Siguiendo el rastro de estos personajes, indagando en sus vidas, se interna, con una prosa compacta y sencilla, el consagrado poeta Vicente Valero, debutante en estas lides narrativas, en 'Los extraños' (Periférica), rememorando con emotividad, recreando sus biografías, levantando lo que se perdió en la espiral del olvido con la que suelen asordarse los asuntos familiares. En los cuatro relatos del libro, en absoluto ficticios, por lo que parece, lo lírico no asfixia la narración, que es lo mejor que se puede decir de un poeta metido a cuentista, conversión a menudo fallida, casi siempre. Y sin embargo he sentido nostalgia de sus versos cuando describe con precisión el ámbito ibicenco: la tierra roja, las encinas tutelares, la fuente de Atzaró, los algarrobos, las paredes casi a hueso que sujetan los bancos roturados...

No menos raras, en apariencia, son Dolores y Saladina, 'Las Inviernas' (Anagrama), dos hermanas medio cómplices medio rivales, de edad indeterminada, cuarentonas seguramente, una guapilla y otra feúcha, como venidas desde fuera del mundo, que regresan a Tierra de Chá en una procesión de vencidas, en compañía de «cuatro ovejas y una vaca de andar balanceado que tiraba de un carromato cargado de bártulos», ante la expectación y vigilancia de los cotillas parroquianos, devotos del chismorreos y la maledicencia. Vuelven para encerrarse con su calorillo como animales distintos en la casa-madriguera fami-

UN ÁNGULO
ME BASTA

FERMÍN HERRERO





LAS EDADES FELICES

Margarito Cuñillar. Hipérfica.
2014. 75 páginas.



LAS INVIERNAS

Cristina Sánchez-Andrade. Anagrama.
2014. 258 páginas.



LOS EXTRAÑOS

Vicente Valero. Periférica.
2014. 176 páginas.



EL LIBRERO DE PARÍS Y LA PRINCESA RUSA

Mary Ann Clark Bremer. Periférica.
2014. 64 páginas.

liar, amenazada por las ramas de una higuera. Atadas al terruño por un vínculo instintivo: «Un país quiere decir no estar solos, saber que en los árboles, la lluvia y la tierra hay algo tuyo, parecido a la sangre, que aunque no estés, te sigue esperando», la nostalgia ha podido con ellas. Vivían cuando estalló la Guerra Civil ya huérfanas, con un abuelo que fue fusilado, una mujer las condujo al puerto de Bilbao desde donde embarcaron hacia el exilio inglés. Y ahora han retornado para «casarse y buscar oficio». No lo van a tener fácil, en el pueblo las tienen por meigas, aunque ellas lo desmientan y sean hormiguitas hacendosas y costureras. Quién sabe lo que les deparará la vida ni lo que desencadenará, en el vecindario, su presencia.

La mirada poética y feroz de Cristina Sánchez-Andrade hacia sus criaturas, que vadean la existencia entre secretos propios y heredados, me ha atraído desde que cayó en mis manos, a finales del siglo anterior o así, su primera novela, 'Las lagartijas huelen a hierba'. Es una novelista original y de calado, capaz de recrear con pulso firme un ámbito narrativo con mucho de la tradicional magia y oralidad de la Galicia profunda —no en vano se la ha situado en la estela de Cunqueiro, un peso literario que seguramente la excede— pero a la vez pegado a la realidad, tal y como aquí recrea el espesor oscuro, enlutado y rancio, «comido por el musgo y el silencio», de la posguerra, habitado por estraperlistas, feriantes, contrabandistas, criadores de capones, maestros de ferrallo y curas ganzápiros y trabucaires.

Otra pareja de cuidado, de enamorados a destiempo, es la que forman 'El librero de

París y la princesa rusa' (Periférica), nueva entrega de las delicadas y conmovedoras notas de memorias, transmutadas en novelas breves, de Mary Ann Clak Bremer, reivindicación de Jean-François de Bastida, de la literatura dieciochesca y de la belleza en general. No hago más que tropezarme con extraños dios. Hasta en el cine, últimamente los de las espléndidas 'Nebraska' e 'Ida'. Ahora que, para disparatado, el inquebrantable protagonista de 'Historia de mis dientes' (Sexto Piso) de Valeria Luiselli, novela en seis entregas sobre Gustavo Sánchez Sánchez, alias Carre-

tera, un pinta de miedo, «el mejor cantador de subastas del mundo», capaz de contar hasta ocho en japonés o de emular a Janis Joplin después de la segunda ronda. Con humor desaforado, esperpéntico, el argumento se lanza, trepidante, por el tobogán de su vida, de su verborrea circular, elíptica, parabólica, alegórica e hiperbólica, a todo trapo imaginativo y lingüístico y sin paracaídas: igual recurre a latinajos que a vulgarismos, a citas orientales apócrifas que a letras de canciones horteras.

Luiselli ha creado un artefacto estrambótico, estrafalario a más no poder —a veces parece que se le va la pinza—, a mayores, irreverente con el canon literario: ya como cita inicial trastoca la profecía de Pavese, reduciéndola a «vendrá la muerte y tendrá tus dientes» y durante toda la novela somete a cameos inmisericordes a escritores de la talla de Cortázar, como vecino con guacamayo, Unamuno como viejo baboso, Rubén Darío como kiosquero, Margo Glantz como costurera, Arreola como notario o Ibargüen goitia como chatarrero; a clásicos —Platón, Rousseau, Chesterton, S. Agustín, V. Woolf, Chesterton, Montaigne, Walser—; a glorias patrias —Novo, Maples Arce, Vasconcelos—; denigrados a operarios; o a un desfile completo, al modo de artistas invitados episódicos, de lo más granado de las promesas de la narrativa latinoamericana —Fadanelli, Pauls, Bellatin, Levvero, Villoro, Ungar, Herbert— con Vila-Matas a la cabeza—. Después de sopesar las fotografías, algunas de Google, con sabrosas citas a sus pies, con que se cierra el libro, dan ganas de encargar unos tamales dulces para apacchar un poco a las criollitas

que se saben de memoria, ay, las baladas de Sabina.

No sé muy bien cómo pueden reaccionar los distintos tipos de lectores ante este experimento, lo que es seguro es que está descartada la indiferencia y, desde luego, textos como este me reafirman en la pujanza de la literatura mexicana, una de las más potentes en español —en todos los géneros, en cuyo seno no dejan de aparecer talentos originales, caso de esta autora que vive en New York, de la que Sexto Piso ya había publicado con anterioridad, además de los ensayos 'Papeles falsos', su primera novela, 'Los ingravidos', que, una vez leída la segunda, dan ganas inmediatamente de buscar. Y, llevado por la curiosidad, no tuve más remedio que hacerlo. Es una novela de madre, con terremoto y marido guzco, escrita entre pañales y biberones, de corto aliento, silenciosa para no despertar a los niños, pese a los mosquitos y cucarachas, sin sapos que puedan merendárselos. Y poblada de fantasmas inquietantes, más bien literarios, sobre todo el poeta aindiado de Sinaloa, el contemporáneo Gilberto Owen, y García Lorca, a quien con familiaridad impropia se le llama Federico, con lo raro que le resultaba su propio nombre de pila hasta al genio granadino. Un estreno no sé si tanto como asombroso, tal y como lo califica el novelista no menos prometedor Alejandro Zambra, pero que demuestra una fuerza narrativa inusual y que en la joven autora —da cierto vértigo pensar que apenas tiene treinta años— hay madera de novelista, que esperemos que no estropee la precipitación y la falta de sentido autocrítico, como a menudo sucede.

«Un país quiere decir no estar solo, saber que en los árboles hay algo tuyo»

«Luiselli ha creado un artefacto estrambótico, estrafalario a más no poder»